

Voltaire. En este discurso hubo un magnífico movimiento oratorio, que causó el encanto del auditorio al concluir, después de un apóstrofe á los enemigos del grande hombre que yacía, con la siguiente exclamación: «Y si ni aún la voz de la verdad es bastante para ahogar la calumnia, no veo más que

el rayo que le pueda imponer silencio.» Al terminar cayó el paño que estaba detrás, y se dejó ver el magnífico lienzo en que estaba pintada la apoteosis de Voltaire.

»El hermano Boucher, leyó en seguida un fragmento de su poema *Los meses*, el de *Enero* en el



Convocación de un rosa cruz

que se halla un magnífico pasaje contra el fanatismo, que dió lugar á que se negaran los honores fúnebres á Voltaire, en tanto que se conceden con escándalo, al cardenal de la Roche-Aimont, prelado hipócrita, y al abate Terray, ministro prevaricador.

»El verso

*Donde reposa un grande hombre, debe habitar un Dios.*

excitó el entusiasmo y dió lugar á que el autor tuviera que comenzar de nuevo la lectura del fragmento.

»Durante la ceremonia fúnebre, en tanto que los

hermanos depositaban al pié del túmulo la rama simbólica, Franklin se acercó, y como tributo de su dolor fraternal, dejó la corona que precedentemente le había sido ofrecida en nombre de la logia. Imposible es describir la profunda sensación que produjo esta inspiración de la amistad.»

¿Qué fué del cadáver de Voltaire? Su sobrino, el abate Mignot, lo robó, si puede decirse así, pues, es seguro que el pueblo de París no lo hubiera dejado salir de la ciudad, y se lo llevó á su abadía de Scellieres, donde le dió sepultura el día 1.º de Junio, y tan á tiempo, que cuando llegó la orden del obispo de Troyes al día siguiente, prohibiendo al

abate de Scellieres, J. Barral que le diera sepultura sagrada, hacía ya 24 horas que se había depositado el cadáver de Voltaire en una sepultura de la nave central de la abadía, junto al altar mayor.

Para la salvación de la alma de Voltaire la Iglesia no tuvo caridad. La Academia quiso conforme la

costumbre, celebrar solemnes honras fúnebres á su memoria en la Iglesia de los Cordeliers, pero habiéndose negado su cura párroco á ello, la Academia acordó suprimirlos para lo futuro á todos sus miembros hasta tanto que se hubiesen dispensado á Voltaire. Las preces de la Iglesia no faltaron empero



Voltaire da su bendición al nieto de Franklin

á Voltaire. El abate de Scellieres rezó solemne misa de cuerpo presente.

Un hermano suyo de gloria y de masonería, el gran Federico de Prusia, escribió su *Elogio* en el campamento de Schatzar, que leyó en persona en la Real Academia de ciencias y bellas letras de Berlín, 28 de Noviembre de 1778; en 1.º de Febrero de 1779, la Harpe hizo representar las *Musas rivales* ó la *Apoteosis de Voltaire*, y el día 4 de Marzo, la Academia francesa celebró una de sus más brillantes sesiones para presenciar el curioso espectáculo de oír el elogio de Voltaire por de Alembert, que fué elegido para ocupar el puesto que su muerte

había dejado vacante y la contestación del abate de Radonvilliers.

Apenas se habían enfriado las cenizas de Voltaire, cuando la muerte se llevaba á otra grande ilustración del siglo XVIII, á otra de sus personificaciones, á J. J. Rousseau, que fallecía en Ermenonville, en casa de su amigo Girardin, uno de los pocos que le quedaron fieles en la desgracia aliviando su miseria. Ocho años hacía que Rousseau vivía en París solo, en medio del desierto de hombres de la gran ciudad, cuando su amigo pudo conseguir llevarle á su casa de campo, en donde falleció de repente el día 3 de Julio, dando lugar á que la

calumnia se cebase sobre su cadáver, suponiendo que se había suicidado. Primero fué con un pistoletazo como se quitó la vida, luégo cuando la máscara que Houdon sacó hubo probado la falsedad de esta suposición; pues no parecía hueco alguno de bala, se dijo que se había envenenado, siendo lo probable que muriera de apoplejía.

El cadáver de Rousseau esperó los honores fúnebres de la patria en la isla de los *Peupliers*, del lago del parque de Ermenonville, sitio el más á propósito para el filósofo de la naturaleza, y el hombre que vivió, durante ocho años, no vió en su cuarto de la calle Plâtrière, hoy J. J. Rousseau, más que raras visitas, muerto convirtió su tumba en sitio de peregrinación, la misma María Antonieta, como todas las almas sensibles de la época, fué á depositar una lágrima en la tumba del que tantas les había arrancado con su *Nueva Eloisa*.

Rousseau perteneció también á la masonería y esta circunstancia contribuía no poco, á perjudicar á los que eran descubiertos en los países que Clemente XII puso bajo la vigilancia de la Inquisición, si se les podía probar que estaban en relaciones con él.

En efecto, no fué por falta de celo de la Inquisición, si las hogueras de la Edad media no se encendieron para castigar á los masones. ¿Qué más hubiera querido la Inquisición española, que deshacerse de una ú otra manera del conde Aranda, jefe de la masonería española durante un largo periodo? Y esto no son vanas suposiciones. De serle posible, hubiese tratado al gran colaborador de Choiseul en la obra de la expulsión de los jesuitas, como trató á Tournon y á Olavide.

Necesario es detenernos aquí un momento, para dar fe de vida del Santo Tribunal de la Inquisición. No se le debe creer muerto ya en los días en que el mundo va á transformarse. Si vive de una manera modesta, no por esto es menos el tribunal implacable é ignorante de los pasados tiempos. Sus autos de fe continúan celebrándose. Veámosla á la obra.

Un francés, fabricante de hebillas de cobre, Tournon, se estableció en Madrid, donde ejercía su industria. Masón, Tournon, creyó que podía iniciar en los secretos de la masonería á sus obreros y dependientes y formar con ellos una logía. Pero vino la bula del papa Clemente XII y el edicto de Felipe V, mandando perseguir á la masonería en sus Estados, de conformidad con la bula pontificia, y un traidor, más tarde, ó un miedoso, denunció al Santo Oficio á Tournon. La Inquisición no echó en

saco roto la denuncia y Tournon pasó á sus calabozos el día 20 de Mayo de 1740. Su proceso ha llegado hasta nosotros, y Llorente lo hizo público. Del interrogatorio que sufrió el desgraciado fabricante, resulta que se le preguntó por sus opiniones religiosas y por las de la masonería que el inquisidor quería presentar como una institución atea: «Lo único que hay de cierto, dijo Tournon al Inquisidor, es, que para ser recibido en ella, nada importa que se sea católico ó no.» «¿Luégo la masonería es una religión anti-religiosa?—replicóle con una lógica inquisitorial el Inquisidor.—Eso no puede ser tampoco,—contestó Tournon;—el objeto de su institución, no es ni combatir, ni negar la necesidad ó utilidad de una religión, sino ejercer la caridad con el prójimo desgraciado, cualquiera que sea la religión á que pertenezca, y sobre todo, si es individuo de nuestra sociedad.» Esta explicación no satisfizo al inquisidor, quien concluyó por declarar á Tournon culpable de herejía y de idolatría. Como Tournon llevara ya demasiado tiempo de estar en los calabozos, su firmeza se quebrantó, ó tal vez mejor aconsejado, acabó por confesar todo lo que quería el inquisidor sobre las prácticas idolátricas de la masonería, con lo que se pudo ya dictar sentencia. En esta se le declara sospechoso de indiferentismo, de observar prácticas naturalistas, reo de idolatría, de mezclar el culto de los santos y de las imágenes, con el del sol y la luna, símbolos de la luz eterna en la masonería por todo esto, y además teniendo en cuenta que pecó por ignorancia, y que es extranjero lo que le pudo inducir á error sobre lo que era legal y permitido en España, y por un efecto de consideración y misericordia del Santo Oficio, se le condenó sólo á un año de retención en la misma cárcel que ocupaba del Santo Oficio, para ser luégo expulsado á Francia con la prevención de que, caso de regresar sería castigado con toda la severidad de la ley. Además como la Inquisición castigaba y salvaba á un tiempo, para salvar á Tournon previene la sentencia los ejercicios piadosos que ha de practicar. Esto es, ha de leer los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola y del P. Juan de Nieremberg, rezar el rosario á nuestra Señora la Virgen María, repetir con frecuencia los actos de fe, esperanza, caridad y contrición, aprender perfectamente el catecismo del P. Estete, y disponerse para recibir la absolución en las fiestas de Navidad, Pascua de Pentecostés y otras.

Pero la Santa Inquisición no podía renunciar á sus formas, á sus autos de fe, así resolvió celebrar un autillo, es decir, un auto á puerta cerrada, pero

á presencia de un número considerable de personas de calidad, á quienes de esta manera indirectamente se amonestaba.

Tournon, según lo dispuesto, tenía que comparecer sin el Sambenito y sin la cuerda, que en tan terribles procesiones llevaban al cuello los condenados; debía escuchar de pié la lectura que se le hacía de su sentencia, y la fuerte reprimenda del inquisidor decano, y en seguida abjurar, puesto de rodillas, todas las herejías, particularmente todos los errores de que ha sido juzgado sospechoso *de levi*; leer y firmar su abjuración, así como también, su profesión de fe con arreglo al dogma católico, apóstólico romano, haciendo formal promesa de no asistir jamás á las reuniones masónicas, ni presentarse ó conducirse como hermano de la orden, y consentir que en caso de reincidencia, si fuera preso por el Santo Oficio, lo trataran como relapso, y sometido á las penas reservadas á los que incurrían en el mismo delito.

Cumplióse la sentencia al pié de la letra y Tournon fué expulsado. Público el hecho en París, fácilmente se comprende la indignación que había de experimentar la sociedad europea ilustrada por las injustificadas persecuciones del fabricante Tournon. Así fué en todas partes celebrado, contribuyendo el que se llamó su martirio, no sólo al desprestigio de España, sino á aumentar los odios contra un tribunal que así perseguía con el encarnizamiento de la Edad media los delitos de opinión. Pero, en fin, el caso de Tournon se hubiera olvidado si la Inquisición española ensoberbecida con su triunfo contra la masonería, no hubiese ya atacado á los amigos de la filosofía, á los simples amigos de Voltaire y de Rousseau. En efecto, al proceso de Tournon siguió el de Olavide.

Era Olavide americano, nació en Lima, de padres españoles, consiguiendo muy pronto por su ilustración y rectitud de miras, un señalado puesto de preferencia entre sus conciudadanos, habiendo merecido por todo ello que á los veinte años ocupara una plaza de magistrado de su audiencia. Ocurrió el gran terremoto de Lima de 1746; y por voto unánime se pusieron en manos de Olavide todos los valores que pudieron salvarse para que les restituyera á sus legítimos dueños, y como hubiesen quedado en sus manos un fuerte sobrante que nadie reclamó, Olavide lo empleó, en virtud de las facultades discrecionales de que se hallaba investido, en construir una iglesia y un teatro.

«Esta inversión, que se miró como inconveniente y arbitraria, fué el principio de las acusaciones de

sus compatriotas.» Esto no lo decimos nosotros solos, sino que lo hemos igualmente copiado de Lafuente. Llamado á Madrid por Fernando VI para responder de las acusaciones que se le habían hecho respecto de la inversión de los caudales que se le habían confiado, se le arrestó en su casa, se le obligó á la restitución de ciertas cantidades y se le privó de la toga. Tanta saña, tanta injusticia y tanta persecución, quebrantaron fuertemente su salud, viéndose el gobierno obligado á consentir que se retirara á Leganés para reponerla, y como en este pueblo se le aficionase Isabel de los Ríos, viuda de dos opulentos capitalistas, se casó con ella, apresurándose á gozar de la libertad, que al fin se le concedió para salir de España y viajar por Francia.

«De vuelta á Madrid, dice Lafuente, su instrucción literaria llamó la atención pública; introdujo en el teatro español la representación de comedias francesas; el conde de Aranda, que le distinguió mucho, porque marchaban acordes en ideas, le encargó la redacción de un plan de educación para la juventud; otros muchos magnates frecuentaban su casa, que se hizo el centro de elegantes festines, y donde se representaban piezas dramáticas, ú originales suyos, ó traducidas por él; desafecto á los jesuitas desde su juventud, ayudó á Aranda en sus medidas contra aquellos seglares, después de cuya expulsión fué nombrado síndico de Madrid; su erudición y sus viajes á París le habían proporcionado entrar en relación con los principales filósofos de aquella nación, y se correspondía con Voltaire, el cual en una de sus cartas le decía: «Sería de desear hubiese en España cuarenta hombres como vos.» Tal era el hombre á quien se confió la árdua empresa de colonizar Sierra Morena.

Fundación suya son pueblos tan importantes hoy día como la Carolina, y la colonización marchaba desembarazadamente á pesar de la enemiga que ciertas gentes tuvo siempre por empresa tan patriótica, hasta que acusado por un suizo llamado Yanch, que de cien familias que se había comprometido á traer sólo trajo doce, vióse amenazado con un nuevo proceso por el estilo del que tuvo que sufrir por los dineros de Lima, pero que esta vez la delación ó acusación no probó en contra de Olavide, sino su descuido en procurar sacerdotes alemanes ó que supieran alemán á los suizos y alemanes establecidos en Sierra Morena.

Sin novedad transcurrieron los años siguientes para Olavide hasta 1775; (en 1768 principió la obra de colonización) pero este año otro suizo, el padre